

La lengua asexuada y exsexuada

Por EUGENIO MIGUÉLEZ RODRÍGUEZ

ERA EL DIRECTOR el que llamaba. Me comunicó que había llegado una carta para entregar al Seminario. Venía de la Asociación Feminista «Loslas» y traía buenas noticias.

—Cuando puedas, bajas un momento —me dijo.

Como la corrección de ejercicios no urgía, me fui enseguida a su despacho. Efectivamente, la carta de «Loslas» era respuesta a otra del Seminario, en la que le comunicábamos nuestra adhesión a su campaña de desexualizar la lengua, tan machista durante toda la historia. Nos felicitaban por ello, nos daban las gracias y nos instaban a que enviáramos una Comunicación para el Congreso que iban a celebrar próximamente. Los comentarios con el Director fueron breves y obvios. Sí me pidió —prudente él— que lo que hiciéramos fuera a título personal, sin mezclar el nombre del Instituto.

Volví al Seminario y releí la copia de la adhesión a «Loslas»:

Sra. Presidenta de la Asociación "Feminista Loslas"
Las Palmas.

El Seminario de Lengua y Literatura de este Instituto en su reunión del 32 de mayembre del año de La Pera, ha resuelto incorporarse a la campaña de asexualismo de la Lengua Española, promovida por algunas lumbreras y algunos lumbreros de nuestros y nuestras compatriotas y compatriotas asociados y asociadas con usted.

Le ofrecemos a continuación un ejemplo del tenor que seguirá nuestra enseñanza de la Lengua a los alumnos y alumnas a partir de ahora:

"Son dos personas y personos muy educadas y educados. Forman un matrimonio y matrimonia muy bien avenido y avenida. Son padre y madre de unos niños y niña encantadores y encantadora. Él es un gran especialista anestesista y, además, cursó la especialidad de dentisto. Ella, por lo contrario, goza de fama tanto de anestesista como de odontóloga.

Completan el hogar ejemplar, además de sus pequeños y pequeña hijos e hija, el padre y la madre anciano y anciana de ella, que tiene a gala atenderlo y la personalmente en cuanto puede.

Por las mañanas salen junto y junta, cada uno y una en dirección a su respectivo hospital. Tras atender a sus enfermos y enfermas hospitalizados y hospitalizadas, acuden a su consulta privada de odontología, donde atienden a los y las pacientes y patientas previamente citados y citadas. Todos estos pacientes y todas estas patientas salen encantados y encantadas de la consulta, por el trato que

reciben del médico y la médica odontólogo y odontóloga. Al terminar la mañana, éste y ésta vuelven junto y junta a su casa para efectuar la comida en compañía de sus hijos e hija y su padre y su madre y suegro y suegra.

Por la tarde, ambo y amba están dispuesto y dispuesta para atender las llamadas del servicio de guardia. Lo que no les impide hacer relaciones sociales y, de vez en cuando, visitar a los profesores y las profesoras de sus hijos e hija, para intercambiar con ellos y ellas impresiones sobre la marcha en los estudios de los mismos y la misma. Por supuesto, pertenecen a la Asociación de Padres y Madres de Alumnos y Alumnas del centro. Todavía suele quedarles tiempo, al caer la tarde, para reunirse con sus amigos y amigas, que suelen ser otros y otras matrimonios y matrimonias tan metódicos y metódicas y ordenados y ordenadas como él y ella mismo y misma.

Reciba un respetuoso saludo".

Teníamos prevista para el día siguiente una reunión del Seminario. Así que aproveche la ocasión para comunicarle a los profesores la felicitación de «Loslas» y su invitación para participar en su Congreso.

—Esa participación tiene que ser a título personal, no del Seminario como colectivo. ¿Quiénes tienen interés e intención de presentar Comunicación?

Durante el minuto de silencio que se guardó, pude observar en los rostros fugitivos de los compañeros algunas muecas y visajes extraños. Cuando los rostros adquirieron la necesaria coloración, se produjo una explosión en cascada.

El buen Rey

Por MARÍA JOSÉ MONGE

EL DÍA 21 DE ENERO DE 1993 se cumplieron 200 años de la ejecución de Luis XVI, último rey de Francia de una monarquía de «derecho divino».

Hoy, según las encuestas, sólo un 9% de los franceses condenaría a muerte al rey. Pero en esta sociedad de finales del siglo XX, donde una gran parte de la opinión pública rechaza la pena de muerte, es fácil perdonar después de tanto tiempo. El problema hay que situarlo en su época y en su contexto histórico.

En 1789, el pueblo francés quería a su rey y odiaba a su reina, «la extranjera», «la austríaca». Es probable que sin una esposa como María Antonieta, Luis XVI nunca hubiera sido guillotinado. O quizá sí. De lo que no cabe duda es que el papel de la reina fue decisivo en el trágico final de ambos.



Toda la gente sonríe en el mismo lenguaje. Morris Mandel



Esteban y Evelio trabajando en La Gotera

María Antonieta, hija de la gran emperatriz María Teresa de Austria, era una niña cuando se casó con el futuro rey y ni de lejos estaba adornada de las cualidades políticas de su madre.

Vivió los primeros años de su reinado como en un juego encerrada en un palacio de cristal: fiestas, teatro, intrigas palaciegas y amantes. El pueblo empezó a aborrecerla. Ella misma se reconocía poco inteligente para las cuestiones de Estado pero no dejó de conspirar cuantas veces se lo permitieron. Ni siquiera mostró interés por dedicarse a tareas de caridad o de índole social como hicieron tantas de sus ilustres antepasadas. El abismo con el pueblo se hacía cada vez mayor. El rey, débil e impotente, le dejaba hacer mientras se esforzaba por asumir una tarea que le venía demasiado grande también a él.

El asunto del collar terminó por estropear el poco crédito que aún le quedaba a la reina. Parece ser que nada tuvo que ver con ese asunto pero cuando los joyeros reclamaron el dinero de la alhaja, que ella jamás encargó, estalló el escándalo. La noticia corrió como reguero de pólvora por todo el país y el honor de la reina quedó en entredicho. Eso no era cosa que se olvidara fácilmente. Así, la monarquía marchaba sin rumbo.

El sistema feudalista y tradicionalista dominado por la economía rural se agotaba irremediamente. El mundo campesino representaba el 85% de la población. El sistema social seguía reflejando en su conjunto la importancia de los tributos «señoriales». La aristocracia nobiliaria poseía una parte importante de la tierra cultivable así como el clero. Los campesinos estaban obligados a pagar a su señor una serie de impuestos y tributos, bien en dinero, bien en cosechas. Estos impuestos iban haciéndose cada vez más insostenibles. El peso de la monarquía absolutista reposaba sobre los más débiles.

Los hombres del campo expresaron su descontento en los célebres *Cuadernos de quejas*. En ellos se refleja fielmente la sociedad de fines del XVIII y lo que de ella se quería cambiar: los derechos señoriales y el feudalismo. Protestaban contra algunos de estos derechos, a veces contra todos en general o contra sus principios. Pero en todos los *Cuadernos* hay amor y fidelidad hacia su rey, pues si la hostilidad al sistema financiero es profundo, sin embargo, esperan confiadamente que «el buen rey» lo arreglará todo. Cuando estalló la Revolución, nunca se puso en duda la cuestión de la monarquía. Era el Estado absolutista y la sociedad de privilegios lo que se quería abolir. El rey, la reina y los más fervientes defensores del Antiguo Régimen no supieron o no quisieron verlo así. A partir de aquí, las grandes faltas políticas de Luis XVI, resumidas y concentradas en la tentativa de huida de junio de 1791, provocaron el divorcio definitivo entre Francia y su rey.

La Asamblea vota la suspensión del rey de sus funciones y la familia real será encarcelada en la prisión del Temple. Luis XVI fue juzgado por la Convención en diciembre de 1792. Los girondinos, más moderados, se inclinaban a la clemencia e intentaron proponer soluciones susceptibles de evitar la pena capital; esto es, el destierro y la detención hasta que estableciera la paz e inclusive la ratificación popular. Por el contrario, los líderes de la Montaña (Robespierre, Danton, Marat...) se unieron para pedir la muerte del rey en nombre de las necesidades de la Revolución. La muerte de aprobó por 387 votos sobre 718 diputados. Luis XVI, tan débil e inseguro durante su reinado, supo morir con gran dignidad pidiendo repetidamente, como también lo haría María Antonieta más tarde, que ni sus hijos ni nadie vengaran su muerte.

Francia se convirtió e república el día 21 de septiembre de 1792. Revolución y terror irán juntas a partir de entonces. Y enseguida, Napoleón.